



Serie Probados y Transformados

- Alabando a Dios en toda circunstancia -

(Hechos 16:16-40)

Enero 20, 2021 / Maestro Pastor Garza

16 Una vez, cuando íbamos al lugar de oración, nos salió al encuentro una joven esclava que tenía un espíritu de adivinación. Con sus poderes ganaba mucho dinero para sus amos. **17** Nos seguía a Pablo y a nosotros, gritando: Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, y les anuncian a ustedes el camino de salvación. **18** Así continuó durante muchos días. Por fin Pablo se molestó tanto que se volvió y reprendió al espíritu: ¡En el nombre de Jesucristo, te ordeno que salgas de ella! Y en aquel mismo momento el espíritu la dejó. **19** Cuando los amos de la joven se dieron cuenta de que se les había esfumado la esperanza de ganar dinero, echaron mano a Pablo y a Silas y los arrastraron a la plaza, ante las autoridades. **20** Los presentaron ante los magistrados y dijeron: Estos hombres son judíos, y están alborotando a nuestra ciudad, **21** enseñando costumbres que a los romanos se nos prohíbe admitir o practicar. **22** Entonces la multitud se amotinó contra Pablo y Silas, y los magistrados mandaron que les arrancaran la ropa y los azotarán. **23** Después de darles muchos golpes, los echaron en la cárcel, y ordenaron al carcelero que los custodiara con la mayor seguridad. **24** Al recibir tal orden, éste los metió en el calabozo interior y les sujetó los pies en el cepo. **25** A eso de la medianoche, Pablo y Silas se pusieron a orar y a cantar himnos a Dios, y los otros presos los escuchaban. **26** De repente se produjo un terremoto tan fuerte que la cárcel se estremeció hasta sus cimientos. Al instante se abrieron todas las puertas y a los presos se les soltaron las cadenas. **27** El carcelero despertó y, al ver las puertas de la cárcel de par en par, sacó la espada y estuvo a punto de matarse, porque pensaba que los presos se habían escapado. Pero Pablo le gritó: **28** —¡No te hagas ningún daño! ¡Todos estamos aquí! **29** El carcelero pidió luz, entró precipitadamente y se echó temblando a los pies de Pablo y de Silas. **30** Luego los sacó y les preguntó: Señores, ¿qué tengo que hacer para ser salvo? **31** —Cree en el Señor Jesús; así tú y tu familia serán salvos —le contestaron. **32** Luego les expusieron la palabra de Dios a él y a todos los demás que estaban en su casa. **33** A esas horas de la noche, el carcelero se los llevó y les lavó las heridas; en seguida fueron bautizados él y toda su familia. **34** El carcelero los llevó a su casa, les sirvió comida y se alegró mucho junto con toda su familia por haber creído en Dios. **35** Al amanecer, los magistrados mandaron a unos guardias al carcelero con esta orden: «Suelta a esos hombres». **36** El carcelero, entonces, le informó a Pablo: Los magistrados han ordenado que los suelte. Así que pueden irse. Vayan en paz.

37 Pero Pablo respondió a los guardias: ¿Cómo? A nosotros, que somos ciudadanos romanos, que nos han azotado públicamente y sin proceso alguno, y nos han echado en la cárcel, ¿ahora quieren expulsarnos a escondidas? ¡Nada de eso! Que vengan ellos personalmente a escoltarnos hasta la salida. **38** Los guardias comunicaron la respuesta a los magistrados. Estos se asustaron cuando oyeron que Pablo y Silas eran ciudadanos romanos, **39** así que fueron a presentarles sus disculpas. Los escoltaron desde la cárcel, pidiéndoles que se fueran de la ciudad. **40** Al salir de la cárcel, Pablo y Silas se dirigieron a la casa de Lidia, donde se vieron con los hermanos y los animaron. Después se fueron.



Pablo en la cárcel:

El calabozo era una pequeña cueva que recibía unos pocos rayos de luz por una diminuta ventana de rejas de metal que había en la parte superior. Llamarlo ventana era realmente una exageración. La hendidura tendría unos 5 centímetros de ancho y 20 de largo. Aunque no tuviera hierros hubiera sido imposible escapar de allí. Los dos hombres son arrastrados a ese inmundo lugar. La tranca se coloca en la oxidada puerta de hierros y hace ese sonido muy parecido al que hacen las tapas de los sepulcros cuando se cierran por última vez. Sus cuerpos tienen llagas y sangran por el tremendo azote del cruel castigo. El piso es de barro y está continuamente húmedo. Un olor nauseabundo invade el lugar. Es ese hedor repugnante que existe cuando los desechos se han acumulado. Aquel que años atrás recibía clases a nivel universitario del famoso maestro Gamaliel ahora está en un lugar inmundo y pútrido. Después de un rato de inmovilidad los dos cuerpos empiezan a moverse.

— Creí que me iban a matar y que yo no podría soportar ese castigo dice Silas.

— Sí, yo hubiera creído lo mismo si no supiera que el Señor tiene un plan para nosotros, responde Pablo.

— ¿Te acuerdas cuando te conté lo que el Señor Jesús me reveló? Una noche estaba descansando y tuve una visión. Se me apareció un hombre con las vestiduras típicas de los Macedonios.

— ¿Qué te dijo?, pregunta Silas Pablo responde:

— Él me habló con una voz suplicante que nunca olvidaré: *“Pasa a Macedonia y ayúdanos”*. Entonces tuvimos *“por seguro que Dios nos había llamado para anunciarles el evangelio”* (Hch 16:10).

— No lo niego, responde Silas, pero estos golpes en la espada me han liquidado. Si yo me pudiera mover un poquito me sentiría mejor, pero estos cepos me aprietan y no puedo cambiar mi posición. Hermano: ¿le parece a usted que aquí va a ser el final de nuestros días? El Apóstol esboza una pequeña sonrisa que en esa cara desfigurada por los golpes parece una mueca. Y con voz tranquila Pablo responde:

— Hermano Silas, ¿a usted le parece que Dios sabe donde estamos o no?

— Claro que sí replicó el aludido. Se hace el silencio al caer más la noche. Se escucha el ruido casi imperceptible de los repulsivos roedores. Algún que otro quejido de los presos que no pueden encontrar un lugar aunque fuera un poco confortable en esas estrechas y pestilentes mazmorras. Se escuchan los pesados pasos de los centinelas y el sonido metálico de las armas de los que hacen la ronda nocturna. Es la medianoche.

— ¿Por qué no cantamos y alabamos al Señor? dice Pablo

— Me cuesta, pero trataré de hacerlo, responde Silas con un poco más de entusiasmo.

— ¿Y qué cantamos? pregunta Silas.

— Pues algunos de los Salmos de David, responde el Apóstol. Los versos de los Salmos comienzan a surgir espontáneamente. Palabras muy similares al Salmo 27 se escuchan: “El Señor es mi luz y mi salvación de quién temeré”; “Jehová es la fortaleza de mi vida”.

— ¿Te acuerdas del Salmo 18? dice Pablo: “Contigo desbarataré ejércitos, con mi Dios saltaré murallas” (Sal 18:29).

— Pues yo no estoy paras saltar ninguna muralla, responde Silas.



— ¿Recuerdas el Salmo 146? “El Señor suelta a los prisioneros; el Señor abre los ojos de los ciegos; el Señor levanta a los que han sido doblegados” (Sal 146:7-8). Sí, esto es lo que necesitamos que se haga realidad. Y de ese maloliente calabozo se empieza a elevar un aroma espiritual maravilloso. Es la fragancia de la adoración. Los presos comienzan a prestar atención. Se ha corrido la noticia de que estos dos nuevos prisioneros son muy inusuales. Todos los que allí estaban habían cometido “delitos comunes”, pero estos eran los únicos que estaban allí por “perturbar el orden público”. Les oyen cantar esas palabras que para los prisioneros suenan como términos con muy poco sentido. Después se escucha la voz del apóstol haciendo una plegaria al Señor. Las palabras surgen con toda naturalidad y expresan los atributos del Todopoderoso como es común en sus oraciones. No se perciben frases tales como “Señor sácanos bien pronto de aquí”, sino por el contrario el tema es la gratitud y la alabanza a Dios. Una y otra vez se refieren a una persona que llaman el Señor Jesucristo que los presos ignoran quién es. Cuando pronuncian ese nombre lo hacen con una voz que sugiere gratitud de corazón y reverencia. Luego ora Silas y las palabras son muy similares. Alaba al Dios eterno por su fidelidad y misericordia. Lo interesante es que tampoco se están quejando de la injusticia que se hizo contra ellos ni están denigrando a los que injustamente los acusaron.

— ¡Cuando se callarán estos fanáticos! dice uno de los presos. ¡Con estos cantos no puedo dormir agrega otro! Pablo y Silas en sus corazones experimentan la paz que sobrepasa todo entendimiento. De pronto se siente una vibración que va en aumento. Hoy lo compararíamos con el retumbido de un enorme ferrocarril. Los presos se despiertan sobresaltados. Ellos saben muy bien lo que esto significa. Las paredes comienzan a temblar. Si hubiera luz se podría ver el pánico en los ojos de los encarcelados. Ellos estaban acostumbrados a despreciar y no temer la muerte. Pero morir aplastado adentro de una celda maloliente no estaba en sus planes. Ellos estaban habituados a que cuando sentían el temido temblor y estaban en libertad, salían al aire libre inmediatamente. Pero en la cárcel las cosas no son así. ¡No se puede salir afuera! Los eslabones de las cadenas incrustadas en las paredes quedan libres. Pero ni se les ocurre tratar de escapar. Los reclusos no pueden moverse. Es como si una parálisis los hubiera afectado de repente.

Por el contrario, Pablo y Silas actúan con toda tranquilidad. La “parálisis” que ha afectado a los otros presos a ellos no los ha tocado. Actúan de la misma manera que los artistas de teatro lo hacen luego que han ensayado muchas veces los movimientos que tienen que efectuar. Pablo y Silas presintiendo que el carcelero en su desesperación va a hacer algo muy serio salen del horrendo encierro. La grande y oxidada puerta de hierro se abre con toda facilidad. Comienzan a rehacer el camino que a los empujones y arrastrándose habían hecho antes. Llegan a la sala donde está la puerta de metal tan pesada que comunica al exterior. La puerta está abierta pero ellos no intentan huir. Este no es su propósito. Allí, con un poco de luz de la luna, se vislumbra la imagen del carcelero romano. Ha tomado su pequeña espada y está en el proceso de clavársela en el vientre con una técnica similar al suicidio japonés (harakiri). El hombre cree que está perdido. Todas las puertas están abiertas. Las autoridades romanas no admiten excusas cuando los presos se escapan y él sabe muy bien cuál ha de ser el castigo. Un sudor frío cubrió el rostro de este soldado que había visto su vida



muchas veces en peligro pero nunca había imaginado que algo así podría sucederle. Cierra sus ojos y con sus dos manos sobre el mango del arma, está pronto para darse la puñalada final. De repente resuena la voz clara de Pablo: “No te hagas ningún mal que todos estamos aquí”. El carcelero no puede creer lo que oye. Sus manos se aflojan y la espada cae al suelo. Los dos prisioneros se le acercan y con una tranquilidad que lo estremece, Pablo pone su mano sobre el hombro del guardia y repite: “No te hagas ningún mal”. Los roles se han invertido y ahora son Pablo y Silas los que son dueños de la situación. El oficial nunca ha visto nada así. Quizás ha escuchado o alguien le ha dicho esa frase que la muchacha endemoniada repetía: “Estos hombres son siervos del Dios Altísimo quienes os anuncian el camino de salvación”.

— ¡Luz, luz grita el carcelero, no puedo ver nada! Pablo, que al entrar en la prisión no ha perdido detalle de dónde están todas las cosas, toma una de las teas de una de las salas cercanas y la levanta esparciendo una luz amarilla y titilante. El carcelero no puede creer lo que está viendo. Las puertas abiertas y los presos no han escapado. Toma a Pablo y Silas y los lleva afuera. Se arrodilló delante de estos dos hombres y temblando les dice:

— “Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?” La respuesta de los dos hombres parece que la hubieran practicado. Los dos pronuncian exactamente las mismas gloriosas palabras y exclaman:

— “Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo”.

— ¿Eso es todo? pregunta sin poder creer el carcelero. No puede ser tan sencillo. Pablo y Silas le repiten una vez más los mismos benditos términos. El carcelero acepta el mensaje y es desde ahora un hombre cambiado. Con todo cuidado comienza a lavarle las heridas a aquellas mismas personas que antes había empujado rudamente al calabozo. Él y su familia escuchan y aceptan el mensaje del Evangelio y son entonces bautizados. Después los lleva a su casa y les prepara una cena. ¡Parece mentira que tantas cosas puedan suceder en el transcurso de una noche!

La historia Bíblica y nosotros

Dios en su soberanía actúa de una manera inexplicable para nosotros. A veces utiliza acciones extraordinarias para ejercer sus propósitos. En Hechos 16 envía un terremoto y el resultado final es la liberación de Pablo y Silas, y la conversión del carcelero y de toda su casa. Esa noche, en la cárcel de Filipos, se hace una de las preguntas más importantes de la Biblia y que es asimismo una de las interrogantes más trascendentales que se puede hacer el ser humano: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”. Es verdad que la pregunta nos presenta nuevas interrogantes. ¿Cómo averiguó el carcelero que hay una condición de la que hay que salvarse y de que hay un medio de salvación? Muchos han dicho que no hay pregunta más importante que ésta. La respuesta de Pablo y de Silas es también llamativa. “Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo tú y tú casa”. Los principios observados en la respuesta se pueden observar en otras porciones tales como en las palabras de Pedro: **“Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch 4:12)**. Sin embargo es la claridad de la pregunta y la precisión de la respuesta lo que hace esta frase inolvidable.



Observemos que la respuesta se centra en la persona del Señor Jesucristo. El Evangelio es Cristo céntrico. Aunque no está en el texto no nos cabe la mínima duda de que el tema de la crucifixión y la resurrección fueron claramente explicados. **“Y le hablaron la palabra del Señor a él y a todos los que estaban en su casa” (Hch 16:32)**. La segunda parte de la frase, “y serás salvo tú y tu casa”, es sin duda la respuesta a la interrogante: ¿y qué sucede con mis seres queridos? Si el resto de los miembros de la casa aceptan el mensaje de Salvación por la fe en Jesucristo también serán salvos. Este versículo nos anima a orar por la conversión de nuestros familiares y seres queridos. Esta es la primera vez que Pablo y su amigo Silas han estado encarcelados por su fidelidad a Jesucristo. Habían sido apedreado antes pero nunca habían estado en la cárcel. Por supuesto que las acusaciones son falsas y completamente inespecíficas. Utilizan los términos: “predican costumbres que no nos es lícito recibir ni practicar”, sin definir en ninguna manera cuáles son esas costumbres tan peligrosas. Es extraño la falta de una defensa, cosa inusual en el Apóstol. La razón no es solamente que creyó que iba a ser inútil sino que reconocía en esto el perfecto plan de Dios. Otros opinan que ellos dijeron que eran romanos y que los otros no le creyeron. Cuando se convencen los magistrados que si son ciudadanos romanos vienen ellos mismos y les piden disculpas (Hch 16:38-39). Era algo muy serio castigar a un ciudadano romano sin un proceso judicial adecuado. Sólo podemos entender cómo los primeros cristianos pudieron soportar tanto si comprendemos la extensión de sus palabras: **“Por su causa lo he perdido todo y lo tengo por basura a fin de ganar a Cristo” (Fil 3:8)**. El terremoto es muy inusual en el sentido que tiene la suficiente fortaleza para desatar las cadenas pero sin embargo no hay daño físico de los presos. Es un “terremoto controlado” por la autoridad divina. No puede provocar más daño que el que el Señor permita.

La causa por la que los presos no huyeron, es el mismo poder de Dios que envió un terremoto cuyos daños estaban limitados a que las cadenas de todos se soltaron. Una demostración más de la Omnipotencia del Eterno es impedir que ninguno de esos delincuentes se escapen. Jamiesson y colaboradores nos dicen: “las cadenas no se soltaron por supuesto por el terremoto sino por una energía maravillosa que lo acompañó”. Es interesante que en el libro de los Hechos los siervos del Señor son librados varias veces de la cárcel por el mismo Señor. Ejemplo en (Hch 5:18-21) y luego Pedro (Hch 12:6).

El líder que hay en cada uno

El dirigente espiritual durante la crisis se preocupa pero no se desespera. El conflicto lo puede hacer estremecer pero no lo paraliza. El creyente tiene varios instrumentos espirituales que son poderosos en las situaciones de emergencia. Pablo y su compañero utilizan a lo menos dos de ellos: El arma de la oración nos recuerda lo que Pedro dijo: **“echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1 P 5:7)**. El autor de Hebreos nos va a enseñar algo complementario al animarnos con las palabras: **“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (He**



4:15). El arma del canto y la adoración. En el himno el creyente alaba a Dios. El cristiano que ha aprendido desde su niñez o temprana edad estas frases que nos hablan de la fidelidad de nuestro Salvador en los momentos de prueba recibe la confianza y paz que sólo Dios puede dar.

El líder aún en los momentos de mucha dificultad sabe que el Eterno tiene un propósito y que su plan se va a cumplir. Puede ser “ruidoso” como en el caso del terremoto que el Señor utiliza para liberar a Pablo y Silas. Por el contrario puede ser silencioso, como cuando el Señor envía a su ángel y suelta a Pedro de la prisión.